



UAEM | Universidad Autónoma
del Estado de México

CARLO,

el niño raro que venía
del cielo

Óscar Eduardo
Padilla Abarca








CARLO

el niño raro que venía
del cielo

Primera edición agosto 2016

Universidad Autónoma del Estado de México
Av. Instituto Literario 100 Ote.
Toluca, Estado de México
<http://www.uaemex.mx>

 Esta obra está sujeta a una licencia Creative Commons, Atribución 2.5 México (CCBy 2.5). Para ver una copia de esta licencia visite <http://creativecommons.org/licenses/by/2.5/mx>. Puede ser utilizada con fines educativos, informativos o culturales, siempre que se cite la fuente. Disponible para su acceso abierto en: <http://ri.uaemex.mx/>

Citación
Padilla Abarca, Óscar Eduardo (2016). *Carlo, el niño raro que venía del cielo*. México, Universidad Autónoma del Estado de México.

ISBN: **978-607-422-739-0**

Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico

CARLO

el niño raro que venía
del cielo



Óscar Eduardo
Padilla Abarca



UAEM | Universidad Autónoma
del Estado de México

"2016, Año del 60 Aniversario de la Universidad Autónoma del Estado de México"

Dr. en D. Jorge Olvera García
Rector

Dr. en Ed. Alfredo Barrera Baca
Secretario de Docencia

Dra. en Est. Lat. Ángeles
Ma. del Rosario Pérez Bernal
Secretaria de Investigación y Estudios Avanzados

Dr. en D. Hiram Raúl Piña Libien
Secretario de Rectoría

Dra. en D. María de Lourdes
Morales Reynoso
Secretaria de Difusión Cultural

M. en C. Ed. Fam. María de los Ángeles
Bernal García
Secretaria de Extensión y Vinculación

M. en E. Javier González Martínez
Secretario de Administración

Dr. en C. Pol. Manuel Hernández Luna
Secretario de Planeación y Desarrollo Institucional

M. en A. Ed. Yolanda E. Ballesteros Senties
Secretaria de Cooperación Internacional

Dr. en D. José Benjamín Bernal Suárez
Abogado General

Lic. en Com. Juan Portilla Estrada
Director General de Comunicación Universitaria

Lic. Jorge Bernaldez García
Secretario Técnico de la Rectoría

M. en A. Emilio Tovar Pérez
Director General de Centros Universitarios
y Unidades Académicas Profesionales


M. en A. Ignacio Gutiérrez Padilla
Contralor Universitario



Tercer Concurso de Cuento Infantil del Centro de Actividades Culturales (CeAC), 2016

Comité Organizador
Jorge Rubén López Jiménez
Nélida Rebeca Flores Ortiz

El jurado estuvo integrado por los escritores:
Samuel Pérez Ortega,
Irma Bastida Herrera y Martha Elisa Aguilar



Las ventanas de un gigantesco edificio me regalaban un distante reflejo de mí con el rostro más aburrido que me había visto en toda mi vida. Me molestaba cualquier cosa que pudiera alterar mínimamente mi mundo y esto era un giro de ciento ochenta grados. No sabía qué podría esperarnos donde quiera que nos dirigiéramos pero sabía una cosa: sería lo peor. Tendría que conocer mucha gente nueva y presentarme con cada

uno. En ese momento, veía a mi mamá y a Sofía, mi hermana, y pensaba que me gustaría poder dormir al igual que ellas, o manejar y concentrarme en escuchar música, como papá, pero con todo lo que me estaba preocupando en ese momento me era imposible dormir y siendo un niño todavía, no sabía manejar.

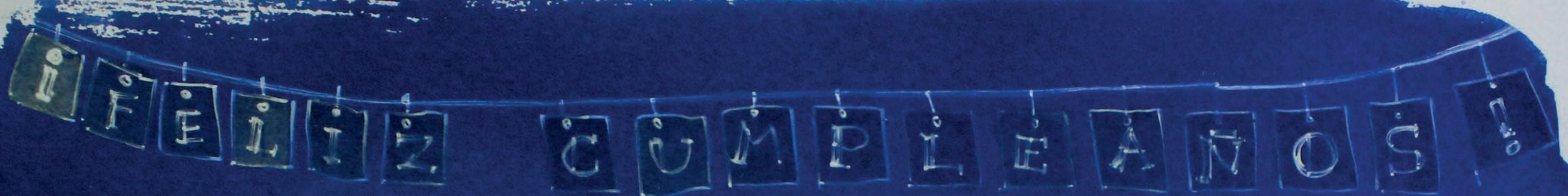
Entonces, como era mi costumbre, miré al cielo e inmediatamente me sentí ahí, llenándome los pulmones de cielo, volando velozmente mientras sentía el viento frío chocar contra mi rostro, jugando con las nubes...

Siendo muy pequeño me dijeron que había venido del cielo, en un principio no lo comprendí del todo pero cuando intentaron explicarme, en mi mente ya existía un concepto muy diferente al de ellos: yo venía del firmamento, poco más allá de las nubes. Y tarde o temprano recordaría cómo volar.



La nueva casa era enorme, era como esas que salen en las películas: de dos pisos, muchas ventanas, chimenea, cochera, un montón de pequeños arbolitos en frente, un jardín gigantesco y un pequeño sendero que conducía hasta la puerta principal. Al entrar en ella escuché los ecos que provocaban mis pasos y avancé haciendo el menor ruido posible, como quien entra en una cueva llena de monstruos dormidos. Después de recorrerla lo que más me gustó fue mi cuarto, que era por lo menos dos veces más grande que el otro donde había dormido desde que tenía memoria, además, me llevé la grata sorpresa de que unas semanas atrás, mis papás habían mandado pintarlo de color azul y habían colocado vinilos de nubes. Mi cuarto era el cielo.



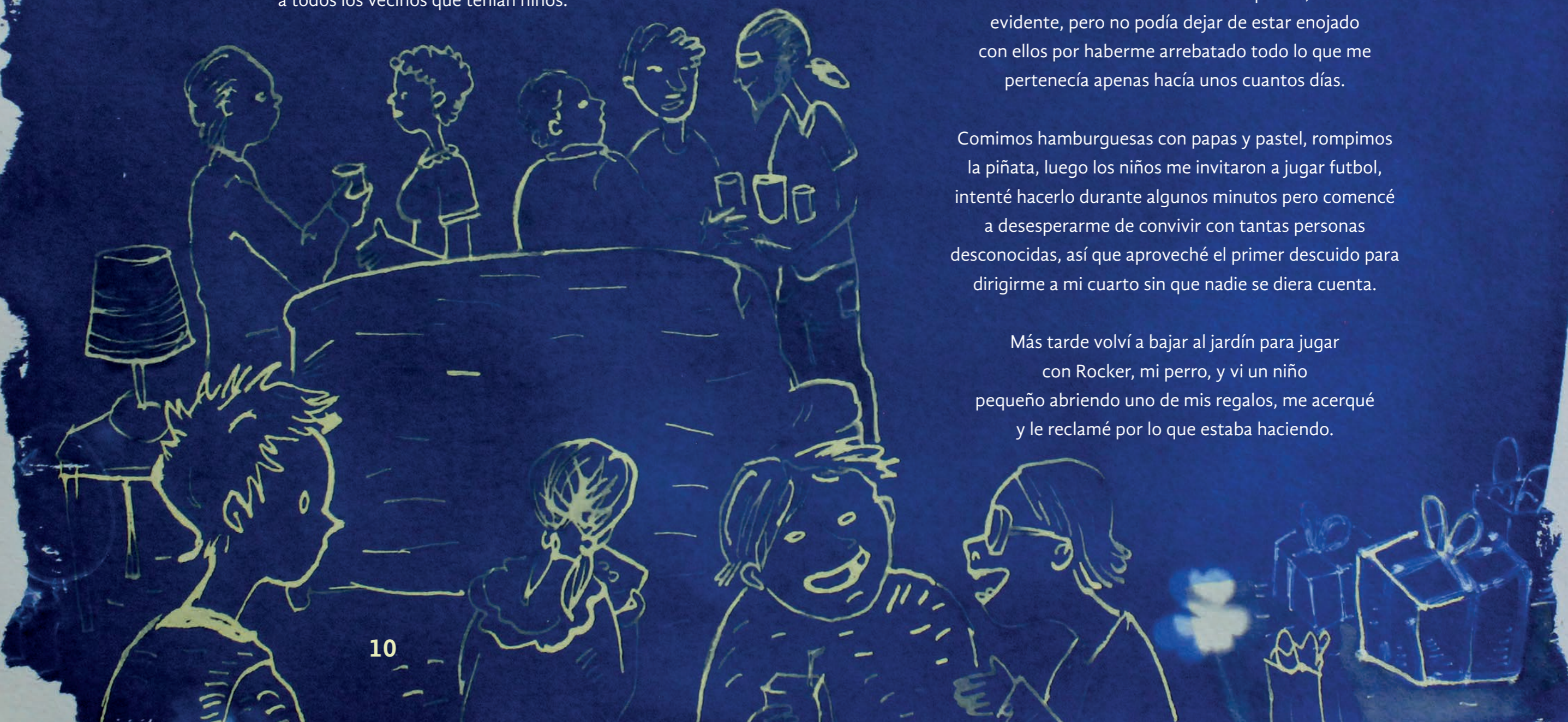



Al día siguiente, que era sábado, cumplía once años y mamá me organizó una pequeña fiesta para celebrarlo. Desde temprano salió a invitar a todos los vecinos que tenían niños.

Muy pocos llevaron regalos, por lo improvisado que había sido todo, pero se veían bastantes por los que mis padres me habían dado. Se sentían culpables, era evidente, pero no podía dejar de estar enojado con ellos por haberme arrebatado todo lo que me pertenecía apenas hacía unos cuantos días.

Comimos hamburguesas con papas y pastel, rompimos la piñata, luego los niños me invitaron a jugar futbol, intenté hacerlo durante algunos minutos pero comencé a desesperarme de convivir con tantas personas desconocidas, así que aproveché el primer descuido para dirigirme a mi cuarto sin que nadie se diera cuenta.


Más tarde volví a bajar al jardín para jugar con Roker, mi perro, y vi un niño pequeño abriendo uno de mis regalos, me acerqué y le reclamé por lo que estaba haciendo.





Entonces, un niño mucho más grande que yo, que decía ser el hermano mayor del más pequeño, me empujó fuertemente, tropecé y caí golpeándome la cabeza.

Luego del incidente, del cual, afortunadamente, no hubo testigos, regresé a mi habitación y no salí hasta que los invitados se habían retirado.



Después de cenar, Sofi entró en mi habitación mientras yo jugaba con mis legos de Star Wars.

—Hola —dijo sonriéndome con su timidez habitual— ¿Qué haces?


—Estoy armando el Halcón Milenario.

—¿Puedo armarlo también, Arlo?


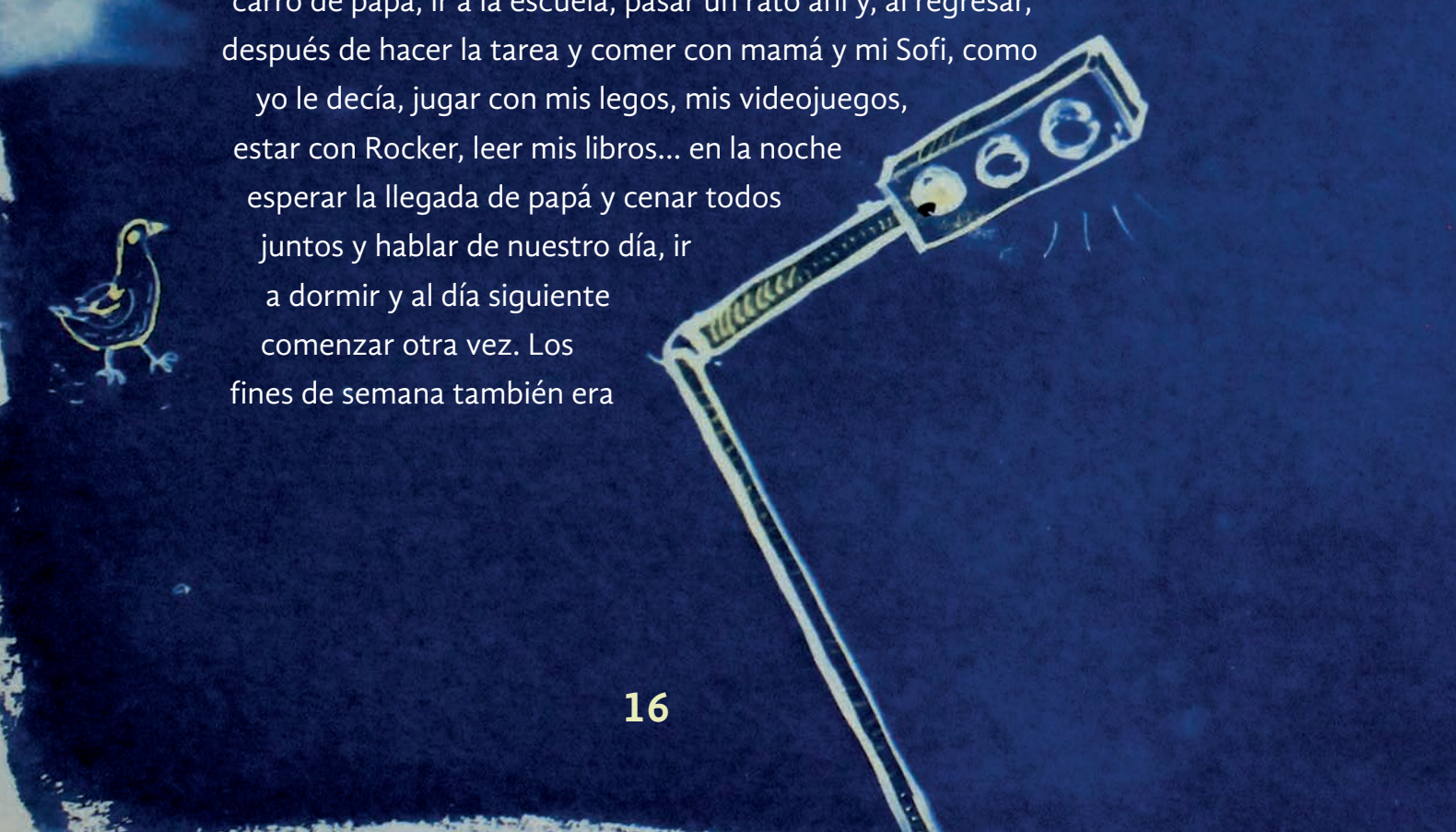
—Claro que sí, Sofi —le contesté entre risas, ya que siempre pronunciaba mal mi nombre y sabía que lo hacía a propósito pero fingía que no se daba cuenta— pero recuerda que mi nombre es Carlo, no Arlo.

—Está bien, Arlo —agregó sonriendo.

Me encantaba jugar con ella y hablarle de cualquier cosa, aunque no entendiera nada de Star Wars o lo que estuviera diciendo, la manera como me veía me hacía sentir un superhéroe. Con ella todo era más sencillo. La veía y pensaba que desearía llevarme esa mirada a mi nueva escuela el lunes próximo, sin duda me haría falta.



No es que me gustara mucho mi antigua escuela, era aburrida, como todas, pero en ese lugar podía ser invisible, me encontraba solo la mayor parte del tiempo y a nadie parecía importarle. Además, me gustaba la idea de tener una rutina de lunes a viernes: desayunar temprano, subir al carro de papá, ir a la escuela, pasar un rato ahí y, al regresar, después de hacer la tarea y comer con mamá y mi Sofi, como yo le decía, jugar con mis legos, mis videojuegos, estar con Rocker, leer mis libros... en la noche esperar la llegada de papá y cenar todos juntos y hablar de nuestro día, ir a dormir y al día siguiente comenzar otra vez. Los fines de semana también era



una rutina de algún modo: salíamos a pasear en familia a un lugar cercano, íbamos a restaurantes y veíamos películas. Muy rara vez se rompían esas dos rutinas, hasta ahora. Llegué a la escuela cuando se encontraba casi vacía, enseguida localicé mi salón, éste tenía mesas para dos, algo que se me hacía bastante extraño ya que en mi escuela anterior teníamos sillas con una paleta para colocar los útiles escolares, bancas individuales. Elegí una mesa cerca de una ventana y esperé a mis demás compañeros. Los lugares a mi alrededor se fueron ocupando y yo simplemente esperé a que alguien me dijera que me moviera porque estaba ocupando su lugar, pero cuando la clase estaba a punto de comenzar nadie lo había hecho, ni siquiera quien se suponía que se sentaba donde yo estaba.



Entonces, entró la niña más bonita que había visto en mis largos once años de vida, mi corazón latía muy fuerte e imaginé por un momento que todos alcanzaban a escucharlo, cosa que me dio mucha vergüenza, pero al instante, descubrí que todos continuaban en lo suyo, todos excepto la recién llegada que se acercaba cada vez más a mí y decía algo mirándome fijamente. De pronto me di cuenta que hablaba conmigo.

—Estás en mi lugar, niño raro.

—¿Disculpa?

—Te disculpo si desocupas mi lugar —dijo y agregó con una amplia sonrisa— niño raro.

Utilizaba un tono de voz tan amable que me resultaba difícil pensar que lo que acababa de decir era grosero.

—No soy un “niñito”, como acabas de llamarme, ni tampoco raro.

—Pues yo te veo muy pequeño para ser un señor y tu ropa, incluyendo ese ridículo gorro que llevas en la cabeza, grita que eres raro.

Me llevé las manos a la cabeza y toqué mi gorro de “Finn de Hora de Aventura”, ni siquiera había reparado en que lo traía puesto. Escuché las risas de todos en el salón y tuve unas inmensas ganas decirle algo, hacerla sentir como ella me estaba haciendo sentir, pero las palabras no llegaban a mi garganta, era como si me hubiera comido un montón de chicles y no pudiera hablar, mi corazón latía muy rápido y mi respiración se aceleraba, parecía un conejo frente a un hambriento zorro.

—¡Basta! —indicó la maestra— discúlpate con tu compañero, Liliana.

—Pero está en mi lugar —respondió Liliana.

—Esa no es razón para que te comportes de ese modo. Discúlpate.

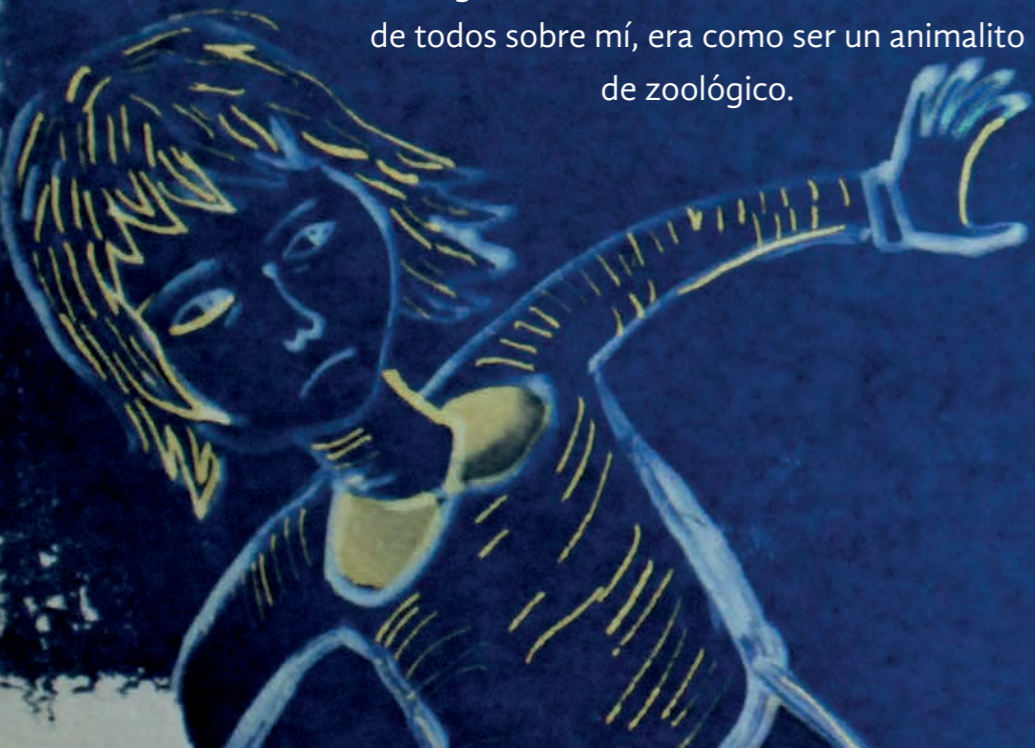


—Te ofrezco una disculpa
—expresó con una gran sonrisa falsa—
no era mi intención ofenderte.

Me levanté y de inmediato ella se sentó donde yo estaba.

La maestra me pidió que me presentara
pero sólo alcancé a decir: “soy Carlo”, después de eso
tuve que sentarme junto a Liliana, pues era el único
lugar disponible en el salón, lo que al parecer le molestaba
mucho más a ella que a mí. Me preguntaba
si ese lugar que ahora ocupaba siempre había estado vacío.

Las horas siguientes fueron muy lentas, Liliana tiraba
mis cosas cada vez que podía y se excusaba diciendo
que era porque no estaba acostumbrada a sentarse
con alguien más. Todo el día sentí las miradas
de todos sobre mí, era como ser un animalito
de zoológico.





Al salir de la escuela sólo quería llegar a casa lo más pronto posible y no volver a ese lugar jamás. Pero mamá tenía otros planes, ya que al encontrarme con ella a la salida estaba platicando con una señora, y ya sabía lo que eso significaba: tardaríamos mucho en apartarnos de ahí. Le pedí de favor que nos fuéramos ya porque tenía ganas de ir al baño y no quería usar los de la escuela. Ella me comentó que su nueva amiga era nuestra vecina y que su hija no tardaría en llegar, así que podíamos esperarla un minuto más. Justo en ese momento llegó Liliana y saludó a nuestra vecina. No podía creer mi mala suerte.

Liliana se presentó con mi mamá como una niña sumamente dulce y le comentó que ya nos habíamos conocido en la mañana y ahora éramos buenos amigos. Durante el trayecto caminamos delante de nuestras madres sin comunicarnos. Cuando llegamos a casa de Liliana nuestras madres se despidieron y mi mamá dijo lo peor que había dicho jamás: “ya no me entretengo más porque Carlo tiene muchas ganas de ir al baño”.

—Con razón olía tan feo, cochino
—me susurró Liliana.

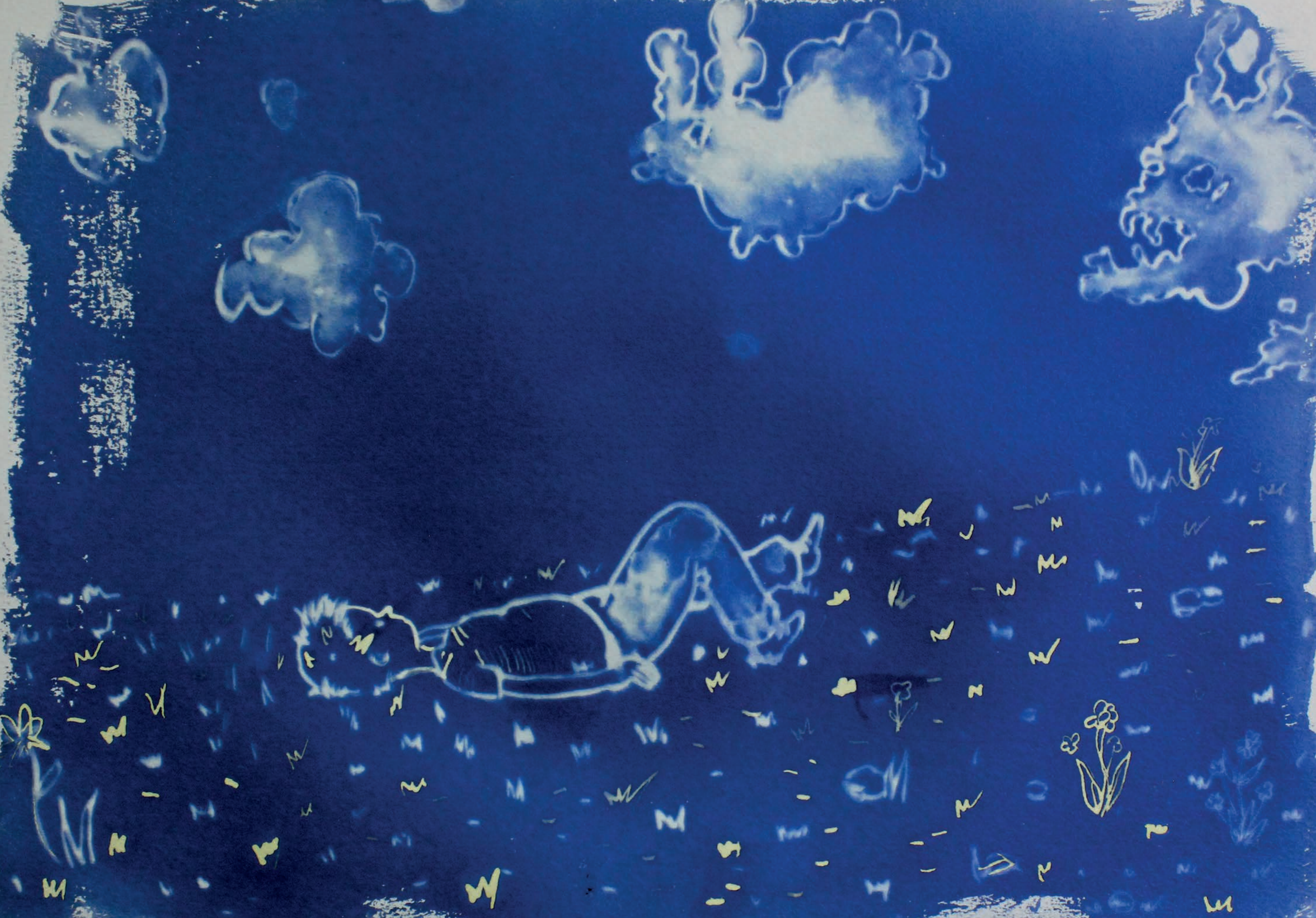
Pasé parte de la tarde encerrado en mi cuarto lamentando el día que había tenido y mirándome en el espejo. Tal vez sí estaba un poco bajito, pero no tanto, y por más que me miraba no encontraba nada raro en mí, me veía como había sido siempre: mi cabello era castaño claro (un tono muy normal), mi nariz pequeña y respingada (también muy normal), mis ojos café (súper normal), era muy flaquito pero dentro de lo normal. Yo no tenía nada de raro como decía esa niña horrible. El sólo pensar en ella, en que tendría que ir a clases al día siguiente, me provocaba un fuerte dolor en el estómago.


Deseaba volar más que nunca, irme lejos de este lugar y regresar a mi antigua vida.

Con el pensamiento de volar bajé al primer piso, abrí la ventana y salté estirando los brazos, segundos después me encontraba en el jardín, tirado boca abajo. Me di media vuelta y me quedé largo rato contemplando el firmamento, encontrándole forma a las nubes. Había un avión, una manzana, un gato, un dragón, un árbol, una ardilla y también el ser más despreciable del mundo:

ahí estaba Liliana, burlándose de mí una vez más, entonces, sentí una furia incontrolable y le grité con todas mis fuerzas:
—¡Eres una papa frita!







Esto me hizo sentir sumamente bien el resto del día, y me dio risa haber utilizado un insulto que venía de Mafalda, sin duda fue muy liberador. Me hubiera gustado poder haberlo dicho al día siguiente, cuando entró y tiró mis cosas o cuando, ya en clase, me susurró: “¿Traes tu pañal por si no llegas al baño, apestoso?” Eso me produjo una vergüenza enorme y sentí como si fuera cierto, como si todos me miraran por oler mal. No sabía si podría aguantar más estar junto a ella.

No recuerdo haber vivido jamás, hasta ese entonces, una semana más larga. Todos los días que siguieron fueron cada vez peores, todo el tiempo me llamaba “raro”, “apestoso” o “niñito”. Lo único que agradecía de todo esto era que me lo decía entre susurros durante los momentos en que la maestra estaba distraída. En el recreo se iba a comer sola, lejos de todos, al igual que yo, así que sólo me molestaba en el salón y aunque todos se daban cuenta de ello, incluso la maestra, la mayor parte del tiempo nos ignoraban, a nadie le importaba lo que ocurría en nuestra mesa.

El miércoles, por fin pude llevar mi uniforme y ella “sin querer” tiró su jugo sobre mi pantalón, todos me hicieron burla y pese a lo mucho que se disculpó, yo sabía que por dentro se reía a carcajadas, lo percibía en su mirada. Ya en la noche, jugando con Sofi, me preguntó por qué estaba triste, le conté que había una niña que no me caía muy bien pero que no se preocupara, que no pasaba nada.

Al día siguiente al abrir mi cuaderno de Matemáticas, mi materia favorita, encontré un dibujo de Sofi, eso hacía ella cuando me veía triste. No pude hacer otra cosa que sonreír el resto del día. No me importaba todo lo que Liliana pudiera decirme o hacer para molestarme, no lo lograría.

Por fin llegó el viernes, había sobrevivido a toda esa horrible semana y estaba muy contento, pues parecía que Liliana al fin se había rendido conmigo. Sin embargo, después del recreo, al ingresar al salón ella sostenía el dibujo que me había hecho Sofía, lo había arrancado de mi libreta, entonces expresó:

—Bonito dibujo.

—Lo hizo mi hermana, por favor, dame ese dibujo — hablé en un tono que ni siquiera yo sabía que tenía.

—Tu hermana dibuja horrible.

—¡Cállate! —le grité— no vuelvas a decir nada malo acerca de mi hermana.

—Calma niño raro, ahí está tu dibujo — dijo colocándolo en la mesa.

—Me dices niño raro pero no te das cuenta que tú eres la otra niña rara, nadie te quiere y eso que llevas mucho tiempo siendo compañera de todos ellos —dije señalando a todos los que nos miraban.

—Es mi decisión no tener amigos.



—Creo que ha sido una decisión colectiva de la cual estás excluida, por rara.

Todos comenzaron a reír y a hacerle burla, la maestra entró con los demás alumnos y todos volvimos a nuestros respectivos lugares. El silencio se instaló entre ella y yo desde ese momento hasta que nos despedimos frente a su casa. Le dije adiós sonriendo y ella ni siquiera levantó la mirada. Era libre de ella, esto era casi como volar.

El fin de semana fue increíble, pasamos nuestro sábado en un parque de diversiones y vimos “El castillo vagabundo” el domingo por la mañana. Todo era perfecto hasta que el domingo por la tarde la vi, a través de la ventana alcancé a ver a Liliana, estaba afuera de su casa, muy triste.

¿Cómo podía exponerse así, a que todo el mundo la viera llorando frente a su casa? Por un momento sentí que ella era yo, me vi ahí, en su lugar, llorando solo.

Sabía que me arrepentiría de eso pero tomé mi sudadera y saqué a pasear a Rocker, dirigiéndome hacia Liliana, como quien no quiere pasar. Cuando me vio dijo:
—¿Vienes a burlarte de mí? Creo que es justo.



—¿Por qué me odias? ¿Sólo porque me senté en tu lugar?

—No lo sé, creo que sí. Odio que modifiquen cualquier cosa de mi vida, por mínima que sea y al verte ahí vi mi mundo de cabeza.



—Creo que puedo entender de lo que hablas. Lamento haber sido cruel contigo. Ni siquiera sabía que podía serlo.

—Yo me lo merecía, tú sólo te defendiste. Esperaba que hicieras eso desde el principio pero al no hacerlo, me sentí poderosa y ya no pude detenerme. La forma como me miraste cuando arranqué ese dibujo de tu cuaderno me hizo darme cuenta que me había pasado de la raya. Lo siento.

Al día siguiente, al llegar al salón, no se encontraba todavía la maestra pero sí Liliana, entre las burlas de todos los demás. Durante la semana, no nos dirigimos la palabra pero quería hacerlo, quería reconfortarla, pues ahora, gracias a mí, el salón se llenó de murmullos y burlas hacia ella, riéndose a sus espaldas y emitiendo sonidos cuando se levantaba. Y en ese momento, incluso, extrañaba su voz, aunque me dijera lo que me dijera.

El jueves, cuando salíamos al recreo, un niño llamado Aldo le tiró al suelo el *tupper* donde llevaba su almuerzo y algo dentro de mí explotó, me levanté y le di un fuerte golpe en la quijada gritando:

—¡Déjenla en paz!

El golpe apenas si le dolió porque en seguida me respondió con un, de verdad, buen puñetazo que se estrelló en mi nariz y me dejó en el suelo, al lado del *tupper* de Liliana.



—Pero si tú la odias —dijo Aldo—
¿Por qué te molesta?

—Porque no es justo, porque ella
no te ha hecho nada.

—Siempre me ha caído mal, es rara
como dijiste.

—Yo también lo soy ¿no lo recuerdas?
Pégame a mí entonces.

—Olvídalo, cástate con ella si
es lo que deseas —agregó Aldo, dándonos la espalda
mientras todos se reían y hacían lo mismo que él.

—Gracias, Carlo —expresó Liliana, pronunciando por
primera vez mi nombre— no tenías que hacerlo.

—Sí, sí tenía —dije extendiéndole la mano—,
los raros tenemos que estar en el mismo equipo.

—Creo que es cierto —dijo ella, escupió en su
mano y estrechó la mía. Acto que me
produjo asco y nos hizo sonreír.

Desde ese momento pasamos la mayor parte del
tiempo juntos. Todavía me molesta pero yo también
hago lo mismo con ella, nos susurramos cosas en
clase y nos reímos de todo lo que nos decimos,
regresamos a nuestras casas, la mayoría de las veces
solos, ya sin nuestras madres, hacemos la tarea juntos
y jugamos cada que podemos con Sofía y Rocker.

Todavía tengo mis rutinas y sigo siendo raro, tal vez
el doble pero algo es diferente en mí: vivo cada momento
al máximo diciendo lo que pienso y compartiendo
mi vida con mi primera, única y mejor amiga.
Me siento en el cielo todo el tiempo, para mí,
esto es volar.

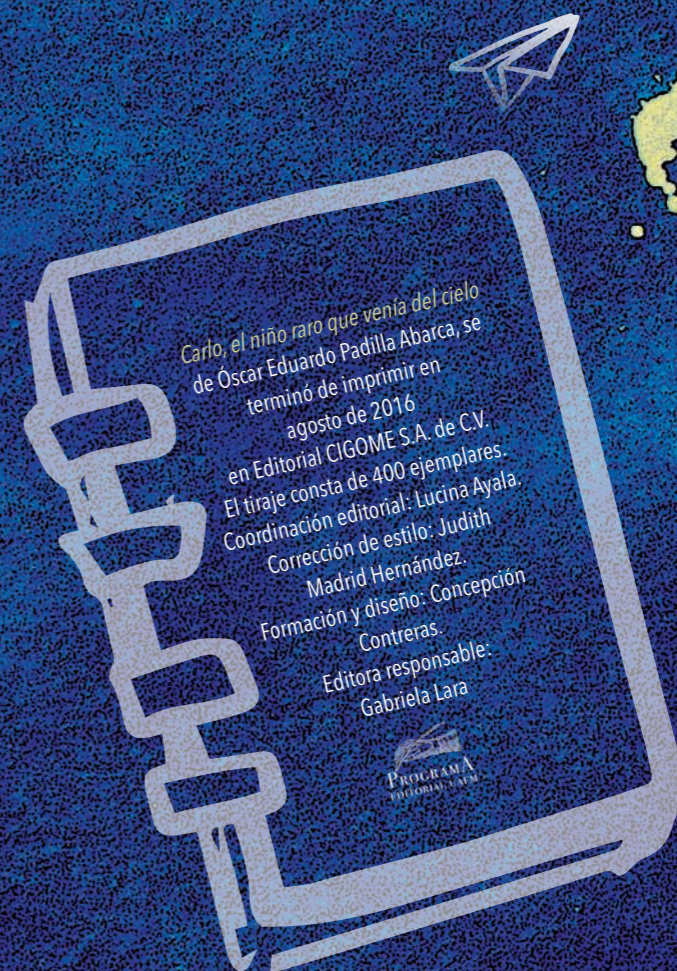




Originario de la ciudad de Toluca, egresado de Ingeniería en Computación en la Universidad del Valle de México (UVM), campus Toluca. Actualmente consultor en Contadores y Asociados; participante en grupos de teatro y festivales culturales; cuentacuentos y docente de teatro en cursos de verano. Profesor de Computación en el Instituto Universitario del Estado de México (IUEM) y de Matemáticas en la Universidad Tecnológica de México (Unitec).










Cursó la Maestría en Artes Visuales en la UNAM. Beneficiada del Programa de Estímulo a la Creación Artística FOCAEM 2014. Seleccionada en la II Bienal Nacional de Artes Visuales, Yucatán (2009), Catálogo de Ilustradores FILIJ / Conaculta (2009). <http://yunekacomits.tumblr.com>







COLECCIÓN ESE

-  Para leer en Navidad
-  Para leer fuera de Navidad
-  Acompañar con un vaso de leche
-  Para leer en el auto de papá
-  Para leer en el auto de mamá
-  Para leer solo y esperando
-  Para leer antes de dormir



ISBN: 978-607-422-739-0



9 786074 227390



sDC
Secretaría de Difusión Cultural